

MADURAR ES SER VUELTOS AL AMOR PATERNAL

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.» Efesios 1:3.

La madurez espiritual se gesta en medio de la vida relacional. Y la relación con Dios Padre es un vínculo primario. Sin esta relación solo se vive en el ritual de la religión sin llegar a madurar.

Así que volvemos al Padre en bendición, esto quiere decir que volvemos a ser hijos por su escogencia:

«Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,⁵ en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo.» Efesios 1:4-5.

Así que, volver al origen no sólo tiene que ver con recuperar nuestro estado espiritual y nuestra autoridad, sino con recuperar una relación. La reconciliación con el Padre es la garantía de nuestra madurez y de toda nuestra bendición. La simiente que es Cristo sólo crecerá en los hijos del Padre, y por el Espíritu del Padre.

Nadie crece espiritualmente si no vive en esta relación con Dios. La orfandad es la razón más frecuente de la

inmadurez de los creyentes. ¿Qué pasa cuando usted no sabe de dónde viene, quién es y para dónde va? ¿Qué ocurre cuando usted no sabe que pertenece y es amado de manera sobrenatural?

La gran revelación del Nuevo Pacto fue la revelación de un Padre, porque antes tenían solo «Un Dios». En el Nuevo Testamento encontramos que toda la obra de Cristo tiene un propósito *ser el camino* al Padre. La obra de Redención de Cristo, justamente nos abrió el camino de vuelta al Padre.

Cristo el camino al Padre

La Palabra nos da pistas sobre lo espiritual de la paternidad de Dios. Y pistas para entender nuestra dificultad, con la paternidad de Dios.

Así que nuestro encuentro, empieza así, en el encuentro con Cristo, Dios hecho hombre.

Dice la Palabra: Jesús le dijo: *«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.» Juan 14:6.*

El Padre nos ofrece a Cristo, la vida, el camino, y nosotros lo recibimos o lo rechazamos. Hay una dinámica interesante entre Dios y el hombre, es como si de alguna manera Dios determinara siempre implicarnos. Él ofrece a su hijo como camino a su paternidad y nosotros la recibimos o la resistimos. Y, sin embargo, está su misteriosa acción, que empieza en su poderoso amor y va más allá de nuestras capacidades humanas.

De tal manera que quienes lo aceptan, entran al mundo espiritual.

Tal como Él lo expresó en Juan 6:14, Efesios también lo indica:

«porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.» Efesios: 2:18.

Como se dijo anteriormente Dios, por la obra de Cristo en la cruz, rompió la separación entre nosotros y el Padre volviéndonos a la condición original, el lugar perdido en el Huerto; recobramos nuestro origen espiritual. De manera que, nuestra condición de pecadores requiere poder retornar al vínculo con Dios, el Padre, y esto no puede ser sino por la sangre de Cristo y por el poder de Su Espíritu. Sólo el pecado nos impide esta unión vital. Y nada quita nuestra condición de pecado sino la sangre del Cordero derramada en la cruz del Calvario. Así que limpios y con su Espíritu en nosotros, estamos listos para nuestro vínculo original.

Desde esa perspectiva podemos comprender que el sacrificio de Cristo en la cruz fue hecho porque el Padre nos anhela y quiere una relación eterna con cada uno de sus hijos, por eso nos enseña su Palabra: *«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.»* Gálatas 4:4-5. Note el orden de estos versículos: en el tiempo se encarna

el hijo, es decir, nacido de mujer y en la ley, o sea, plenamente hombre, el cual nos redime; esto es que paga por nosotros, pero marca un fin: *«a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.»*

Ese es el vínculo que define nuestra naturaleza y nos otorga identidad, ser hijos. Por eso se afirma que *«nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo.»* Efesios 1:4-5.

Y es justo por eso que se nos demanda madurar, es una exigencia de santidad que nos hace participar de lo que tuvimos y perdimos, ser de la naturaleza de nuestro Padre.

Como lo expresa Juan 1: 12-13: *«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.»*

¿Por qué nos cuesta el vínculo con El Padre?

Dios mismo inventó la paternidad, la paternidad no la inventó el ser humano, ni los teólogos, ni las religiones. La paternidad la inventó Dios, y Él es un buen Padre. ¿Por qué entonces no podemos sentirnos amados por Él? ¿Por qué vagamos incrédulos, llenos de temor, desprotección y soledad?

Porque hemos cambiado el orden de los factores y priorizamos la vida religiosa, o porque ya siendo creyentes sobrevaloramos los favores a recibir, los dones, las bendiciones, los regalos que Dios nos da y se nos olvida que en realidad lo que nos llena, nos suple, nos da identidad y destino es el vínculo con El Señor.

Tener la revelación de un Padre da orden, propósito, identidad y paz a nuestro ser. Conocerlo nos vuelve al estado espiritual correcto y original: Él es Dios, debemos glorificarlo renunciando a ese lugar central que no hemos otorgado usurpando así su lugar. Él es Dios y nuestro propósito es adorarlo, obedecerlo y glorificarlo.

En otras palabras, como he anotado en otras partes no se crece por tener más dones o un mejor ministerio o por tener más conocimiento doctrinal. Esta revelación, a veces gradual, de su paternidad es justamente lo que implica madurar, llegar a ser a la estatura de un Cristo vinculado con un enorme amor al Padre. Un amor que nos revela entre ellos nuestro lugar: el lugar de hijos que obedecen, discípulos que lo siguen, siervos que obedecen, amigos que se alegran por El y una Esposa que sabe lo que le conviene al esposo.

En cuanto a lo natural y exclusivamente en el ámbito de lo emocional, un aspecto que suele bloquear esa revelación de la paternidad de Dios tiene que ver con experiencias paternas negativas, las cuales dejan huella en el alma y genera una incapacidad natural para percibir la paternidad de Dios cuando el Espíritu de

Cristo nos la quiere revelar. Pero el poder de Dios hará su obra y nos persuadirá en su amor. Es cuestión de orar. Muchos son, por ejemplo, huérfanos de padres vivos, esto es que teniéndolos es como si no existieran. Tal vez otros fueron anhelados, esperados, queridos y sobreprotegidos, lo cual también deja huella; pero sea lo uno o lo otro lo central es conocer, interactuar, ser amados y amar a nuestro Padre celestial

Sea cual sea nuestra condición emocional debemos trascender este aspecto y no quedarnos en lo que las heridas pueden causarnos. Hay que ir más allá de esta sanidad interior y adentrarnos en un creer que de una u otra manera, el Señor tiene un anhelo: relacionarse con nosotros. Y como veremos más adelante, también Él tiene el poder para revelarnos su paternidad.

Nuestra madurez espiritual no debe depender de si nuestro pasado nos dejó un mal sabor con relación lo que significa ser hijos. La vida del Espíritu Santo en nosotros es el poder que posibilita que, de manera sobrenatural y por encima de nuestra alma, de nuestra parte emocional, nos sea revelada la paternidad de Dios. Oremos por eso.

Cuando Jesús exclamó: *«este es mi hijo amado en quien tengo complacencia»*. Lo dijo para ti y para mí, porque también somos sus hijos. Pero nos cuesta creerlo. Tal vez por las ausencias de la infancia, ya que la huella de una paternidad maltrecha suele implicar la palabra de Dios se demore en bajar a nuestro corazón incrédulo.

Entonces debemos orar, buscar a Dios y pedirle que nos recuerde su paternidad. Y como Él es invisible y todavía lo perdemos en sus gestos amorosos que manifiesta en nuestras adversidades, acudimos a su Palabra. Sus palabras son seguras, son como un ancla que podemos lanzar al mar para estabilizar nuestra barca y creer lo que allí el Padre ha determinado para sus hijos.

Por esta razón, su palabra nos recuerda que el mayor gesto de amor del Padre no es arreglarnos los problemas cotidianos, sino haberse encarnado en su Hijo para venir a la tierra a morir por nosotros en la cruz. Sin ello estaríamos muertos en nuestros pecados. Pero El en su infinito amor nos ha librado de la muerte. Nos tendió un puente hacia Él y nos dio vida eterna: *Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro. Rom. 6:15.*

El recibir revelación de esta verdad nos guarda de medir su amor en las respuestas inmediatas a nuestras vicisitudes o en creer que nos ama si sentimos, desde nuestros afectos naturales el vínculo que nos une a Él. Es vital conservar esta perspectiva. De otra manera en tiempos de crisis dudaremos de su amor y nos retiraremos de su presencia heridos sin causa solo por nuestros deficientes rudimentos doctrinales. El Padre nos mostró su amor con hechos, no solo con palabras. Morir por nosotros para vencer la brecha del pecado que nos separaba de Él es muestra indiscutible de que nos quiere

unidos a Él, cerca de su presencia. ¡Eso sí que es amor!

Escogidos con identidad y un destino

Él nos recuerda que no nacimos porque sí. Nos dice que, no sólo nos conoció desde la eternidad, sino que tenemos un destino porque le pertenecemos. Leemos la Palabra, despacio, saboreándola en nuestra alma. Y dice: *«Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; té había nombrado profeta para las naciones»*. Jeremías 1:5.

Entonces nuestra mente que siempre argumenta se atraviesa y nos dice: *“Se lo dijo a Jeremías, no a mí”*. Pero su voz en la Palabra nos afirma con verdad: *«Miren con cuánto amor nos ama nuestro Padre que nos llama sus hijos.»* 1 Juan 3:1 ¡y eso es lo que somos, sus hijos!

Y cuando vuelve la incredulidad, entonces debemos meditar en nuestra vida. Cuántos cambios desde que lo conocimos. Sólo pudimos creer por un toque de Él. Somos nacidos de nuevo por su toque de poder. Solo lo conocemos porque de su propia voluntad desea revelarse a nosotros.

Ahora debes hacerte algunas preguntas. ¿Quién es Dios para ti? ¿Es un Padre, tu Padre? ¿Percibes su amor? ¿Quién crees ser? ¿Qué es lo más importante que te define, lo que haces o lo que eres? ¿Tienes la certeza de ser hijo, hija de Dios?

Pero volvamos a la porción que nos ocupa:

«Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad».

Esta porción de Efesios parece también un firme sello de garantía: Él nos escogió. Y no a última hora, sino antes de que todo fuese. Antes de la fundación del mundo nos imaginó, planificó y diseñó desde su mente maestra. Nuestra vida no es una casualidad, ni tampoco nacimos solo porque nuestros padres se juntaron. Él nos escogió desde los inicios. Fuimos escogidos para un destino, para que maduráramos hasta consumir nuestra santidad, nuestra semejanza a Cristo. Cómo aclara en Romanos: *«Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos.»* Romanos 8:29.

Tal como lo expresa la palabra en Genesis 2:4. Dios hace las cosas y a nosotros, antes de que seamos vistos aquí en la tierra: *«Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos, y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese».*

He allí una doble clave de garantía: Por un lado, Él es quien toma la iniciativa, Él nos escogió: la iniciativa de nuestra salvación no tuvo su origen en nosotros. Él tomó la iniciativa: *«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca: para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé.»* Juan 15:16.

Y si la toma, debemos estar persuadidos de que, *«si comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.»* Filipenses 1:6.

Pero para completar su perfección, nos escoge con un destino claro: nos diseñó para durar una eternidad y en muy buen estado: *«sin mancha y sin arruga.»* Para vivir delante de Él.

De eso nos habla la obra de la redención que más adelante veremos. No sólo pagó por nosotros en la cruz, no solo nos redimió, sino que también nos adoptó. ¿Quién podrá deshacerse de sus hijos? Podemos hasta desheredarlos, pero nuestro ADN seguirá en ellos, es imborrable. Por eso nos hace nacer de nuevo para poner su naturaleza, la vida espiritual en nosotros. Somos sus hijos y nuestro linaje, ¿quién lo podrá borrar? Nadie. Esa es su voluntad. Ese es su santo amor.

En las manos del Padre los fracasos cuentan para madurar.

Somos como dice Jeremías 18:4 *“Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla.”* Lo cual nos indica que la vasija se echó a perder en la mano de Dios. Una cosa son nuestros quiebres y fracasos en Él y otra fuera de Él. Esto debería alentarnos cuando el camino se torne difícil. Porque si nos escogió desde la eternidad para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, entonces bajo esta garantía incluso los fracasos, las circunstancias negativas, las sequías espirituales y los desiertos espirituales se cuentan a favor de nuestra madurez y de la victoria final. Tal como nos indica la Palabra, que *«a los que aman a Dios todas las cosas le ayudan a bien.» Romanos 8:28.* Ya veremos más adelante el valor tan grande de las pruebas y otros recursos de Dios para ayudarnos a madurar en santidad.

Así que, hay un plan para la madurez espiritual de cada creyente. Si leemos con atención el libro de Efesios, todo el plan y las provisiones nacen *«del corazón mismo de Dios para con nosotros, ya nos fueron dadas: dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo.»* Efesios 1:9. *«Según los presupuestos de Dios para nosotros».*

Nacimos destinados a ser suyos y *«En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.»* 1:11

Nuestro papel, como veremos más adelante, es creer, apropiarnos de estas verdades, que son más que doctrina, son vida cuando en realidad nos decidimos por Cristo y queremos seguirle como sus discípulos; y son, estas palabras, también esperanza cuando en el proceso nos sentimos derrotados y sin fuerzas. Son el tipo de promesa que debemos guardar en nuestra memoria y en nuestro corazón.

En otras palabras: ¿y si fallamos y volvemos a pecar? Antes dije que por su sangre él pagó por nuestras culpas, así que ya no debemos nada. Legalmente somos libres. Hemos sido justificados. Pero en nuestro caminar fallamos. Cuando usted falle recuerde que el Padre lo ve santo a través de la sangre del Cordero, entonces regrese a Cristo y vuelva a ejercitarse en la fe hasta que venza, recuerde lo que dice Dios... *«Mis queridos hijos, les escribo estas cosas, para que no pequen; pero si alguno peca, tenemos un abogado que defiende nuestro caso ante el Padre. Es Jesucristo, el que es verdaderamente justo.»* (1 Juan 2:1 NTV).



TIEMPO DE REFLEXIÓN

- ¿Quién es Dios para ti?
- ¿Es un Padre, tu Padre?
- ¿Percibes su amor?
- ¿Quién crees ser?
- ¿Qué es lo más importante que te define, lo que haces o lo que eres?
- ¿Tienes la certeza de ser hijo, hija de Dios?
- Puedes pedir a tu discipulador para que te guíe y aceptar la paternidad de Dios en oración.